EL MUNDO

Miércoles, 14 de enero de 2004. Año XV. Número: 5.150.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

Los aliados no deben irse de Irak

JOSE MARIA MARCO

El Museo Nacional de Irak en Bagdad ha sido utilizado como una metáfora de los usos de los bárbaros en territorio iraquí. Debería serlo de otra cosa. El museo fue fortificado por Sadam como una posición defensiva, lo cual está prohibido por la legislación internacional. Se dijo que habían desaparecido 170.000 piezas.Ahora se calcula que desaparecieron 10.000. De las 40 piezas de primera importancia desaparecidas, 13 ya han sido recuperadas.El pillaje se produjo no en las zonas abiertas al público, sino en las áreas del museo a las que sólo tenían acceso los funcionarios del régimen de Sadam, lo que quiere decir que fueron saqueadas por los baazistas. Las fuerzas de ocupación (en particular los italianos) han fotografiado y catalogado las piezas más valiosas. Pero ahora que el museo necesita desesperadamente medios, ordenadores y equipamiento, no los recibe.

El Museo Nacional de Irak ha tenido interés para Occidente mientras ha sido un motivo de propaganda ideológica. Ahora que ya no lo es, el interés ha desaparecido. Esa, y no otra, es la auténtica metáfora del museo. Conviene recordarlo cuando se difunde la idea de que está próxima la salida de las fuerzas aliadas de Irak. Quienes apoyaron la intervención tienen ahora prisa en irse de Irak para reconciliarse con la opinión pública de sus países. La opinión pública, por su parte, estaría dispuesta a perdonar lo que se hizo con tal de que se termine pronto el asunto.

Así es como se viene proponiendo insistentemente un mayor protagonismo de la ONU mientras se repite que sólo habrá paz cuando los iraquíes recuperen el poder. Ahora bien, la ONU no fue expulsada de Irak por las fuerzas aliadas. La ONU se fue de Irak tras sufrir un atentado terrorista ocurrido porque la propia ONU rechazó la protección que le ofrecían las fuerzas aliadas, en particular el Ejército de EEUU.

Por eso, cuando se propone que vuelva la ONU y se vayan los aliados, lo que se está diciendo de verdad es que salgamos del avispero iraquí lo antes posible y que los iraquíes se las arreglen solos.Para disimular lo que es de un cinismo repugnante, se propone un traspaso de funciones que equivaldría a un reparto territorial del poder, con una asamblea de notables tribales y religiosos encargada de diseñar un nuevo modelo político. Es el modelo afgano.Los

norteamericanos vigilan desde el aire que no haya movimientos extraños mientras los caciques del lugar, convertidos en señores feudales y absolutos, se reparten el poder entre ellos.

Se evitan las tropas en tierra, se evita el desgaste que suponen las bajas militares para los gobiernos democráticos, los progresistas occidentales dejan de preocuparse por lo que llaman ocupación y se abandona a la población. Mala suerte para las mujeres que caigan en territorio islámico, ya sea chií o suní. Mala suerte para la minoría cristiana, repartida y sin capacidad de presión.Mala suerte para los turcomanos, para las niñas, para los homosexuales, para cualquiera que no pueda beneficiarse de su pertenencia a la casta privilegiada de una tribu, etnia o secta religiosa influyente.De lo que les espera a estas personas en esas condiciones, ya nos enteraremos dentro de algunos años. Para entonces, claro está, a quién le importará lo que haya sufrido o dejado de sufrir esa gente ni cuántas vidas hayan sido destruidas o mutiladas.Es como la masacre de Bam, responsabilidad directa del Gobierno iraní. Pero claro, ¿qué son 30.000 muertos si los mulahs y los clérigos chiíes pueden seguir en el poder y no nos dan la lata?

Además de un desastre para los iraquíes abandonados a su suerte, la salida prematura de las fuerzas aliadas de Irak sería una auténtica derrota para Occidente, incluidos los países que se han abstenido o se han opuesto a la intervención. Los efectos de la intervención aliada en Irak ya han empezado a ser visibles.Lo demuestran los indicios de posibles negociaciones entre Libia e Israel.

El caso de Libia nos toca a los españoles muy de cerca. Sin la intervención aliada en Irak, Gadafi no habría empezado a someterse al control de armamentos. Por otra parte, es ilusorio pensar que el terrorismo desaparecería de Irak tras la retirada de los aliados. Ahora que redes como Al Qaeda no encuentran ya estados que las protejan, es mucho más verosímil lo contrario. Los países occidentales, por su propia seguridad, no deberían tener ningún interés en abandonar Irak a un régimen feudal y a las redes terroristas que se instalarían allí un territorio como el de Irak.

Se puede argumentar que la intervención en Irak no se hizo para instalar la democracia, sino para destruir el régimen de Sadam Husein cuando Sadam se negó al control de sus programas de armamento por parte de las Naciones Unidas. Ahora el trabajo está hecho y podemos desentendernos del asunto. El argumento es cierto en parte. Si Sadam Husein hubiera aceptado el control sobre sus programas de armamentos, efectivamente no habría habido intervención.Pero, aunque a Sadam le hubiera venido bien tener un arsenal de armas químicas para seguir masacrando a su pueblo, lo que le importaba de verdad no parece que fuera eso. Lo que Sadam quería era mantener su poder absoluto y para eso contaba, primero, con poder seguir fanfarroneando de tener armas químicas o de destrucción masiva. También contaba con que los países occidentales, en particular Estados Unidos, no se atreverían a invadir

Irak.Sadam tenía al pueblo iraquí de rehén de su proyecto nazi, exactamente como fortificó el Museo Nacional, como si el museo fuera a ser objeto de ataque por parte de los aliados.

Por eso la Guerra de Irak fue una guerra de liberación. Lo fue en el más estricto sentido de la expresión, como liberar a una persona víctima de un secuestro por parte de un grupo terrorista.En estas condiciones, abandonar Irak sin tener la garantía de que el nuevo régimen va a respetar los derechos humanos sería una burla para el pueblo iraquí y para todos los pueblos tiranizados y explotados por regímenes corruptos y totalitarios. El mensaje que les mandaría Occidente sería inequívoco: allá vosotros. Es posible que esto sea muy progresista. Lo que es seguro es que todo el mundo lo entendería sin la más mínima ambigüedad.

Finalmente, parece que hay una parte de la opinión preocupada por el coste de la posguerra iraquí. Además de lo anterior, hay que recordar a estas almas sensibles que si no hubiera sido por los contribuyentes estadounidenses, no habría habido Libération ni De Gaulle se hubiera paseado como un pequeño Napoleón por los Campos Elíseos un 25 de agosto de 1944. Tampoco se habrían instalado regímenes respetuosos con los derechos humanos en países que, como Irak ahora, en los años 40 no tenían lo que se dice una larga experiencia de lo que es la democracia. Estoy hablando de Alemania y de Japón, los dos con una tradición constitucional sumamente endeble, por decir algo.

Los europeos no sólo tienen que ganar seguridad y capacidad de influencia para que se respeten los derechos humanos. Apoyando la permanencia de los aliados en Irak todo el tiempo que sea necesario también podrán ganar algo de dignidad.

José María Marco es historiador.

© Mundinteractivos, S.A.